

In memoriam

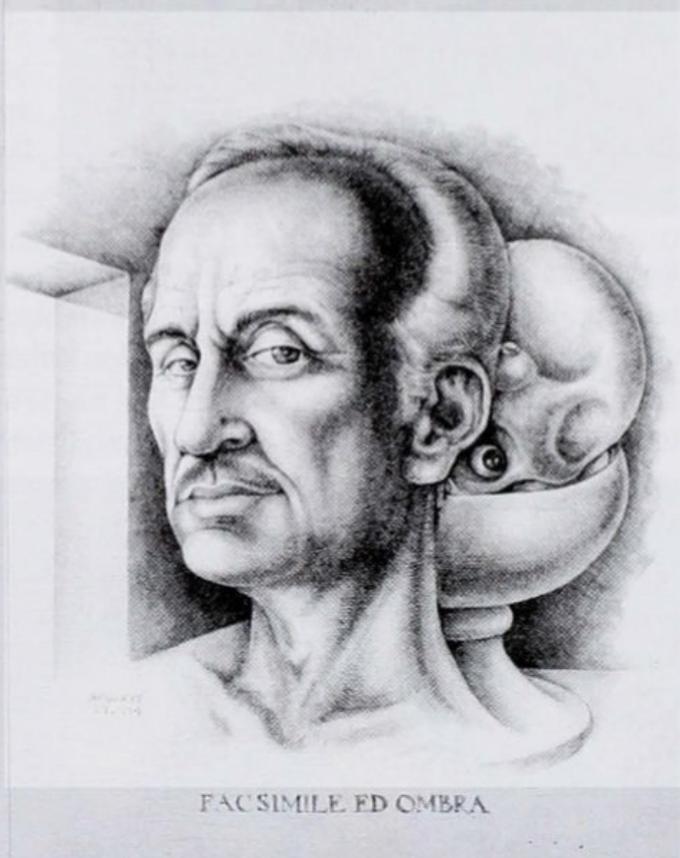
Joaquín Roca Rey
(1923-2004)

Alfonso Castrillón Vizcarra

Enfrentado repentinamente a la muerte de Joaquín, busqué en los recuerdos los momentos más sobresalientes de nuestra amistad, el diálogo, a pesar de los paréntesis de silencio, y el tiempo en su implacable síntesis me dejó, decantado, un rasgo personal, su cálida simpatía. Joaquín, aunque quisiera, no podía quitarse de encima esa cualidad, que tengo que admitir, era propia de los limeños de antes: cortesía, respeto por las opiniones del otro y gran sentido del humor.

Conocí a Joaquín cuando llegué a Roma para realizar mis estudios de post grado en la Università La Sapienza (1963). En aquella época él se instalaba definitivamente en Roma. Recuerdo que la primera visita que le hice tuvo que ver con algún trámite consular, pero la curiosidad de novato estudioso del arte hizo que desde entonces me interesara en su obra y, a mi pedido, me mantuviera informado de sus actividades. Más tarde, él, pacientemente, me enviaría artículos y fotografías que iban engrosando mi archivo.

Pero sé que el acercamiento al gran artista que fue Joaquín no se limita al ámbito de los recuerdos personales; es más complejo, deja de ser limitado por el afecto, las costumbres y una cultura milenaria común, para abrirse a una red de influencias y actitudes, a una visión del mundo que pertenece a lo universal. En el arte de Roca Rey se puede reconocer lo raigal como un eco lejano de estas tierras, que se disuelve y atenúa en las formas modernas y dan por resultado un estilo personal. Hay que





destacar, sin embargo, que Roca Rey no hubiese llagado al alto nivel que alcanzó si no hubiese tenido una sólida formación técnica en el taller de Victorio Macho y, más tarde, a través de sus contactos con Oteiza.

Luego de sus acercamientos juveniles al inglés Moore se va perfilando su estilo inconfundible en los bronce del monumento a Remón en Panamá (1955) y los de la portada del cementerio El Angel en Lima (1957). Son los años de su reconocimiento en el extranjero: Nueva York, Washington, San Pablo, hasta que temeroso de convertirse en *el escultor oficial* del Perú, viaja a Roma y se instala en esta ciudad definitivamente.

Roma *caput mundi*, ciudad barroca y teatral, que ha inspirado a tantos artistas, ha tenido, desde luego, una gran influencia en el arte de Roca Rey: lo monumental y a la vez perecedero, de altares como túmulos funerarios que nos advierten a cada paso sobre la fugacidad de la vida. Roca Rey fue sensible a esta advertencia, al *memento* barroco, como podemos ver en *Il muro del godimento* (1978) y su autorretrato *Facsimile ed ombra* (1994) o alusiones al llamado postrero, como en *Le nozze di Don Giovanni* (1990). Pero junto a la sombra de la muerte está Eros haciendo valer sus derechos fatales a la vida, pájaros entre máquinas y cuerpos voluptuosos, con cabezas de falos erguidos que afirman su poder carnal *La mia bataglia con l'uccello* (1991). Es innegable que este erotismo le viene de la cerámica Moche, muestrario íntimo del placer como lo entendían las culturas precolombinas, es decir, sin el peso del pecado.

Quizás en las obras en que mejor se aprecia la partida que el hombre se juega con la muerte, ajedrez último, son las que llenan los tableros imaginarios de Roca Rey, alfiles, reyes, caballos y peones de hermoso mármol amarfilado, que esperan la movida definitiva, como puede verse en *Circolo degli ex-cacchi* (1975) o el *Trittico* (1970) expuesto frente al Palacio Ducal de Venecia.

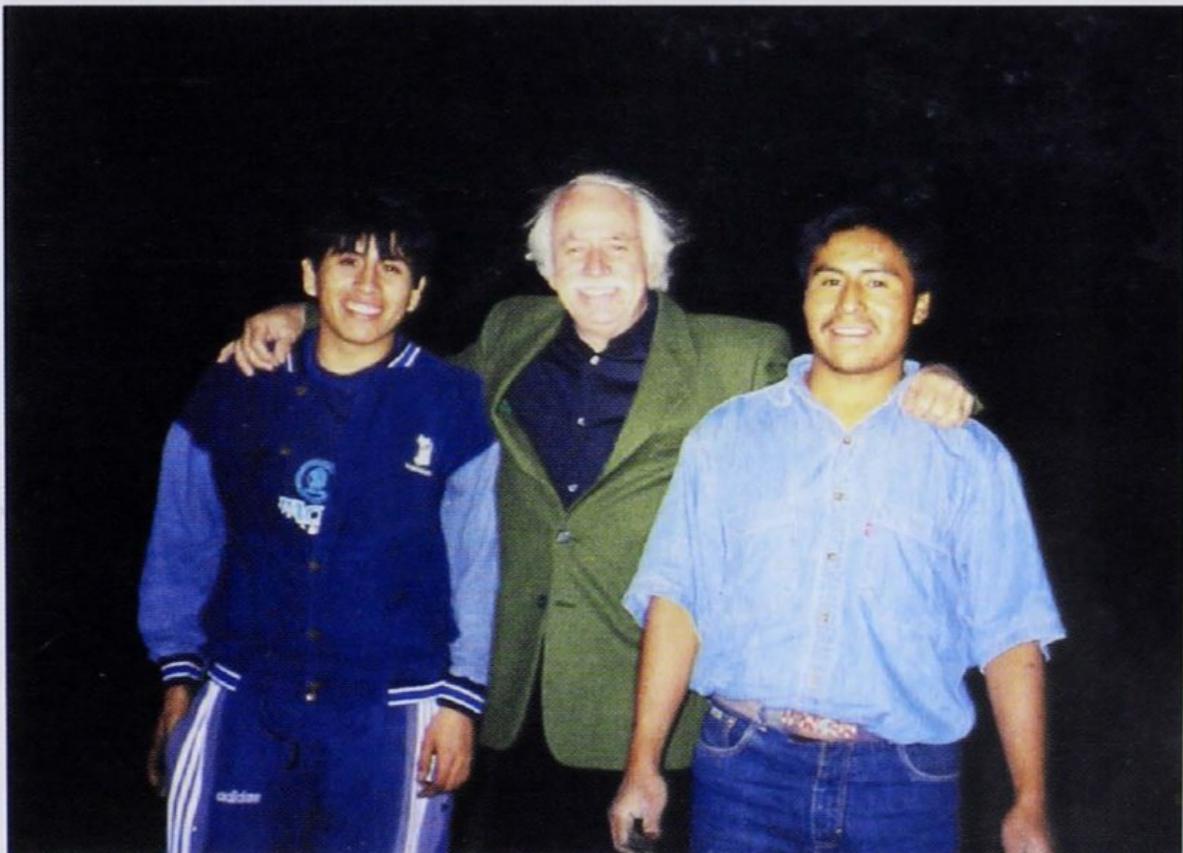
Desde Roma barroca o desde Lima, señora de las inquisiciones, Joaquín, *descansa en paz y goza de la luz eterna*.

Muchas gracias Don Félix

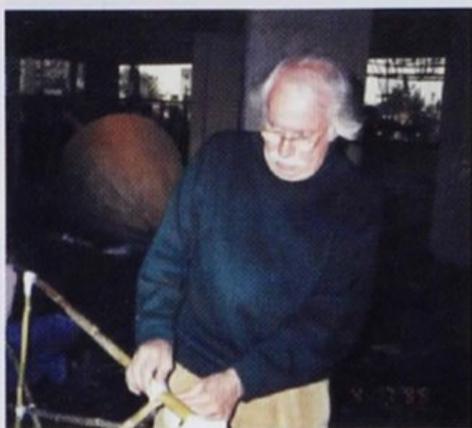
Manuel Munive Maco

Aunque conocía de vista a Félix Oliva desde hacía algunos años fue recién en junio de 1999 que tuve el gusto de trabajar con él. Esto se dio precisamente en el *campus* de la URP, cuando me hice cargo de la curaduría de *Maestros del Carrizo*, exposición para la cual una veintena de pintores y escultores locales debían realizar sus obras utilizando la caña de los armazones de la pirotecnia popular. Aceptó la invitación de inmediato. Y sabía que iba a aceptar pues en su trabajo artístico, en los artículos que publicó y en algunas manifestaciones televisivas, transparentaba siempre su afecto por el Perú y la admiración por las expresiones del arte tradicional y popular. Mientras muchos abandonaban el país decepcionados por los sucesivos fracasos políticos, Félix era un perpetuo difusor de la potencialidad de nuestra cultura y su poder transformador.

Félix se encargó de transmitir a Marco y Teodoro, los dos jóvenes pirotécnicos que



Félix Oliva entre Marcos León y Teodoro Taipe. Julio 1999.



“dictaron” el taller previo a la exposición, el respeto y la admiración por su oficio y la curiosidad por lo que iban desarrollando. Recuerdo que en la primera sesión ambos muchachos acometieron la realización de una “vaca loca” ante los interesados artistas, entre los que destacaba la sonriente atención de Félix. Y ese buen humor es lo que extrañaremos, además de su calidad de artista.

Después de aquella experiencia tuve la suerte de visitar su acogedor taller en un par de ocasiones con almuerzo incluido. En aquel lugar, al fondo del jardín de su casa, la pintura y la cerámica compartían un espacio común. Fue en las prolongadas sobremesas que descubrí el secreto de su jovialidad: Félix destacaba siempre lo mejor de los demás, evitando así que la conversación escollara, o se agriara, en el típico raje limeño.

Su obra como pintor, grabador y ceramista, se complementó además con la de promotor cultural. Fundó “Billar T” con Carlos Bernasconi, y con él y los esposos Davis organizaron las Bienales de Artesanía Contemporánea a mediados de la década del 60. Fue jurado de concursos, conferencista y buen dibujante. Resulta paradójico que la presentación de la edición de *El Quijote* ilustrada por él se realizara a escasas semanas de habernos dejado.

Y alegra saber que el cariño por él es unánime. Hace pocos meses, en la muestra *La Loza de la Tierra*, dedicada a la cerámica vidriada, se montó una pequeña vitrina con piezas suyas como homenaje póstumo. Y en la misma sala, mientras escribo esto, se exhiben los trabajos de los alumnos que Félix y su esposa Liliane tuvieron en algunos centros de reclusión limeños, pues, como maestros innatos, estuvieron siempre dispuestos a inocular la pasión por el arte cada vez que se les requería.

La pieza cerámica elegida para ilustrar la postal de esta exposición nos regala una linda imagen de Félix que será como lo recordaré personalmente: montado sobre un unicornio alado, cabalgando hacia el infinito.